

á la lucha, quizá tenía menos su causa en el golpe de Estado de dos días antes que en la suma de quejas lentamente acumuladas en ella contra los Borbones durante quince años de provocaciones y ofensas. Consideraciones de orden menos político hacían á la clase trabajadora igualmente hostil á la Restauración. Entre los obreros había muchos antiguos soldados de la República y del Imperio, los cuales no veían en la monarquía borbónica más que un poder dos veces impuesto por el enemigo, una especie de gobierno extranjero instituido en provecho de la nobleza antigua y de los curas. Hasta entonces esta clase había permanecido, si no indiferente, al menos inactiva en los esfuerzos intentados para derribar á la Restauración. Pero, atacada directamente en sus intereses materiales por algunas de las disposiciones de los decretos, el propio gobierno la sublevaba contra él.

En la tarde del 26 de julio, muchos impresores y otros industriales cuyos intereses venían á destruir las trabas puestas á la imprenta, dijeron á sus operarios: «Es inútil que volváis mañana; se acabó el trabajo; nosotros mismos vamos á encontrarnos sin pan; ya no hay imprenta ni librería.» Desde las primeras horas del día 27, se vieron circular por la calle muchísimos obreros sin trabajo, á los cuales se unían otros que abandonaban sus talleres para engrosar las masas, que preferían quejas contra el gobierno y amenazas contra los ministros, cuyos nombres, ignorados hasta la víspera entre el pueblo bajo, empezaban á correr de boca en boca. Esta agitación inquietaba á todas las clases de la sociedad. Los negocios no tardan en suspenderse; se cierran los almacenes y las tiendas, arrojando á la calle innumerables dependientes de comercio, con los cuales se juntan, de doce á una de la tarde, numerosos grupos de estudiantes de diversas facultades y escuelas. Contribuía á generalizar la agitación la protesta de los periodistas, publicada por el *Nacional* y por el *Temps*, periódicos que habían hecho una tirada extraordinaria, distribuida gratuitamente por los cajistas, que los leían además á los transeúntes. La lectura exaltaba los ánimos, y mientras parte del pueblo se limitaba á formar grupos en que se comentaba acaloradamente la protesta, el elemento joven y levantisco acudía á los puntos céntricos, al Palais Royal, á las calles de Saint-Honoré, Vivienne y Richelieu, donde ya había empezado la resistencia. Mientras dos comisarios de policía hacían inutilizar las prensas del *Nacional* y del *Temps* que acababan de publicar la protesta, el procurador del rey, Sr. Billot, se ocupaba en hacer prender á los firmantes de este documento; á instancias de dicho magistrado, uno de los jueces de instrucción del tribunal del Sena firmó cuarenta y dos autos de prisión, que el mismo procurador del rey llevó á la prefectura de policía para su inmediato cumplimiento. Pero en la prefectura objetaron que era necesario averiguar los domicilios de los reos y que, dados los disturbios que reinaban en París, no era fácil operar prisión alguna hasta la mañana siguiente; pero el desarrollo que el día siguiente había tomado la insurrección suspendió el cumplimiento de los autos, y algunos de los periodistas perseguidos, entre ellos Thiers, buscaron á unas cuantas leguas de París un asilo contra el alcance de los agentes de policía.

A las protestas de los escritores sucedió la interven-

ción material de las masas, y la acción, cambiando de teatro, abandonaba las redacciones de los periódicos y los salones de los diputados, para desarrollarse en la calle y en la plaza pública. Cerca de la una de la tarde, Marmont instaló su cuartel general en el Carrousel. Al enterarse el pueblo de que la ejecución de los decretos estaba confiada al duque de Ragusa, su curiosidad inquieta se convirtió en la más viva irritación. ¡Ragusa! Este nombre que el resentimiento popular había transformado en injuria, permanecía grabado en la memoria de todos como el del hombre que, en 1814, precipitó la caída de la patria. Para el pueblo, el duque de Ragusa no podía desempeñar sino un papel fatal al país; los decretos, desde el momento que él estaba encargado de sostenerlos, tenían que ser una desgracia nacional; y más de un antiguo soldado, en las jornadas que siguieron, al tirar contra las tropas mandadas por Marmont, creyó aún tirar contra el enemigo.

Cuando el nombre del duque de Ragusa empezaba á circular entre los grupos formados en las inmediaciones del Palais Royal, varios agentes de policía y un piquete de gendarmes invadieron el jardín de esta residencia y arrojaron brutalmente de él á las masas de curiosos reunidos en torno de individuos que leían en alta voz el *Nacional* y el *Temps*; la irritación de estas masas se unió á la del gentío concentrado en las calles laterales. Cien gendarmes de á caballo operan varias cargas contra los paisanos desarmados que huyen ó se refugian en las casas para volver á reunirse tan pronto como ha pasado la caballería. La guardia del palacio, compuesta de un destacamento de infantería de la guardia real, hace fuego contra un grupo de individuos que han arrojado piedras á los gendarmes. Un hombre cae muerto, y otros tres resultan gravemente heridos. Todos los paisanos que allí se encuentran, huyen gritando: ¡Venganza!, ¡á las armas! Serían las tres de la tarde cuando se dispararon los primeros tiros de las tres famosas jornadas de julio.

Otros gendarmes, que formaban los cuerpos de guardia de los ministerios de la Justicia y de Negocios extranjeros, disolvieron á su vez varios grupos de jóvenes delante de la casa de Casimiro Perier, donde se hallaban reunidos unos treinta diputados. Estos discutían sobre si convenía ó no redactar una protesta, cuando llegó Villemain y refirió que, al pasar por delante del ministerio de Negocios extranjeros, acababa de ver matar de un pistoletazo á un gendarme que amenazaba con el sable á un grupo de ciudadanos pacíficos. Esta noticia aumentó la consternación de que ya estaban poseídos casi todos los diputados presentes, los cuales no querían comprometerse firmando la protesta que proponía el Sr. Berard. Este se acercó á Villemain y le dijo que la asamblea nada había acordado y que probablemente se retiraría sin haber tomado resolución alguna. «No esperaba, contestó este último dirigiendo una mirada á los rostros abatidos de sus colegas, encontrar fantos cobardes reunidos.» Berard insistió para que resolvieran si se protestaba ó no. La mayoría, llena de miedo, sin atreverse á obrar, acordó reunirse el día siguiente, á las doce, en casa de Audry de Puyraveau.

Mientras tanto el pueblo, deteniendo en la calle de Rohán tres carros cargados de piedras y ladrillos destinados á una casa en construcción cerca del Palais Ro-

yal, había formado con ellos una barricada, desde la cual rechazó á ladrillazos las cargas de la gendarmería montada. Otro grupo de paisanos, á cien pasos de allí, se apoderó de un ómnibus y de un carro de aguador, formó otra barricada en la calle de Saint-Honoré, delante de la calle de la Echelle. El comandante de la gendarmería enteró de estos acontecimientos al mariscal, que dió orden á un pelotón de lanceros y á 15 soldados de infantería, de tomar las barricadas por detrás. Ejecutóse esta operación. Los paisanos, después de haber apedreado á las tropas, se dispersaron, y los dos

tanques del hotel Royal, esquina de la calle de las Pirámides. Pero en vano las patrullas se sucedían cada media hora; veíanse obligadas á esfuerzos cada vez mayores; apenas habían dispersado á la muchedumbre, cuando ésta volvía á aglomerarse más compacta que antes. La infantería simpatizaba con la causa popular; en la calle de Saint-Honoré un destacamento de esta tropa se vió cerrado el paso por el paisanaje. El oficial superior que lo mandaba dió la orden de hacer fuego. Los soldados bajaron las armas é iban á tirar; pero, de pronto, en vez de la palabra ¡fuego!, el oficial subalter-



Formación de barricadas en París, dibujo de H. Bellangé. (Biblioteca Nacional, París.)

destacamentos protegieron la retirada de los carros sin haber hecho uso de las armas.

Eran las cinco de la tarde. Las tropas empezaban á salir de sus cuarteles. Marmont les hizo tomar posiciones, disponiendo que éstas comunicaran entre sí por medio de fuertes patrullas y que recorrieran por destacamentos de medio batallón las calles invadidas por gentío ó defendidas por barricadas. Cerca de las siete se ejecutó el movimiento general. La tropa encontró poca resistencia en los barrios excéntricos, donde aún no se había levantado ninguna barricada. La irritación de los grupos formados en torno del cuartel general de Marmont presentaba otro carácter; calles y plazas estaban materialmente llenas de gente. Habíanse levantado nuevas barricadas, que los soldados tomaron sin hacer fuego, á pesar de que de todas partes les arrojaban piedras. Era evidente que la tropa sólo obedecía al sentimiento del deber y evitaba tirar; sus primeras descargas fueron hechas al aire; hasta mucho más tarde no empezó el fuego mortífero. Cuatro hombres del pueblo cayeron bajo las balas de los soldados de la guardia, en la calle Traversière; un estudiante inglés fué muerto por un destacamento de infantería en una de las ven-

no colocado á la cabeza del destacamento, dejó oír la voz de ¡armas al hombro! Los soldados levantaron vivamente los fusiles; los paisanos aplaudieron gritando: ¡viva la infantería!, y se acercaron á las filas suplicando á los militares que les cediesen las armas. «¡Cuidado!, dijo á los más atrevidos el oficial que acababa de impedir el fuego; los soldados no se dejan desarmar. Si tratáis de hacerlo, tiraremos sobre vosotros. Seremos neutrales ó enemigos; ¡escoged!» Merced á la intervención de varias personas, se obtuvo del paisanaje que respetaría aquel destacamento, el cual continuó su marcha hacia su posición.

El pueblo no tenía armas. Ya serían las nueve de la noche cuando empezaron á circular algunos individuos armados de pistolas y escopetas, de que, al parecer, no se atrevían á hacer uso. La insurrección se preparaba, pero le hacía falta, para estallar, una excitación y un auxilio enérgicos. En una reunión de electores y periodistas, celebrada en casa del Sr. Cadet-Gassicourt, calle de Saint-Honoré, cerca del Palais-Royal, se acordó que los doce comités cuya formación se había resuelto la víspera en la redacción del *Nacional*, se constituirían sin pérdida de tiempo, se reunirían en sesión perma-

nente, centralizarían y dirigirían la resistencia de sus respectivos distritos, y, en caso de que el movimiento tomase un carácter más pronunciado, provocaría abiertamente la insurrección; adquirirían pólvora, balas y fusiles, y procurarían hacer salir á la calle, de uniforme y con armas, á la guardia nacional licenciada en 1827. Los miembros de estos doce comités, elegidos en el acto, salieron inmediatamente para sus barrios respectivos. La mayor parte de ellos pertenecían á la antigua sociedad secreta de los *carbonarios*; entre los medios de lucha discutidos en 1822 y aprobados por las Ventas, figuraba la destrucción de los faroles, destrucción que empezaba á operarse ahora en algunos puntos y que los individuos de los comités iban á generalizar.

Era muy entrada la noche; el gentío empezaba á dispersarse, y los grupos, á medida que se hallaban más lejos del Palais-Royal, eran menos numerosos; ya no se oía tumulto más que en la plaza de la Bolsa, en torno de un puesto de guardia incendiado. Varios individuos, llevando en hombros el cuerpo de un anciano pisoteado en una carga de caballería, habían paseado aquel cadáver por el barrio, bajo la protección de un numeroso grupo que gritaba ¡*venganza!*, ¡*¡las armas!*! Quisieron depositarlo en el cuerpo de guardia. Los gendarmes se parapetaron, pero alarmados por las pedradas que empezaban á romper las tablas con que estaba construido aquel débil refugio y por las amenazas de incendio que profería la muchedumbre, se esquivaron cuando ya comenzaba á arder. Los bomberos que acudieron á apagar el incendio fueron rechazados; varios destacamentos de la guardia y de infantería, que se presentaron á su vez, fueron recibidos á pedradas y se retiraron igualmente sin haber hecho uso de las armas. Véase el resplandor de las llamas desde varios puntos del bulevar en el momento en que los colegas de Polignac salían del ministerio de Negocios extranjeros, convencidos de que la oposición al golpe de Estado había agotado sus fuerzas en la resistencia de los grupos que ya habían desaparecido. Sin embargo, los ministros, bajo la impresión de numerosos informes de la policía acerca de los sucesos que se iban desarrollando, habían acordado declarar á París en estado de sitio, á fin de descargar á las autoridades civiles de toda responsabilidad. Pero, en el momento de levantar la sesión, el consejo recibió un parte del duque de Ragusa anunciando que la tranquilidad quedaba restablecida y que las tropas volvían á sus cuarteles; en vista de lo cual, los ministros acordaron suspender la medida y esperar al día siguiente.

Mientras las tropas dormían en sus cuarteles, el pueblo, protegido por la obscuridad que hacía reinar la destrucción de los faroles, levantaba silenciosamente barricadas en muchas calles que la autoridad creía abandonadas y desiertas; preparaba armas y fabricaba cartuchos.

Antes de las cinco de la mañana del día siguiente, las principales calles y plazas se fueron llenando de hombres y jóvenes de todas las clases de la sociedad, á quienes sorprendía no ver un soldado por ninguna parte. Todos los cuerpos de guardia estaban vacíos. La noche anterior, el duque de Ragusa, enterado de que algunos retenes, los más débiles, se habían dejado desarmar por el pueblo, había mandado evacuar todos los

cuerpos de guardia que no estaban protegidos por la proximidad de un cuartel ó por una posición fuertemente ocupada por la tropa. Esta medida, inspirada por una laudable prudencia, redundó en perjuicio de la causa realista: los adversarios de esta causa pudieron disponer, con entera libertad y sin obstáculo alguno, en casi todo París, los preparativos de una resistencia eficaz. El paisanaje estaba ya armado de viejos fusiles, escopetas, espadas, sables, pistolas, picos, azadas y otros instrumentos de hierro; en muchos puntos desempedraaba la calle y levantaba barricadas. Por primera vez después de tres años se ven guardias nacionales de uniforme. Una partida de muchachos rompe el escudo que ostenta en su muestra un proveedor de la real casa; inmediatamente circula el rumor de que son destruidas las armas de la familia reinante y los emblemas de la monarquía; el miedo se apodera de todos los proveedores privilegiados, que quitan ó borran sus muestras, y, á su ejemplo, notarios y curiales hacen desaparecer los escudos de sus puertas. En pocas horas, todo lo que recuerda el reinado de los Borbones, hasta la palabra *real* trazada en los edificios ó establecimientos públicos, desaparece sin violencia ni oposición. Ya no se grita solamente, como el día antes: «¡viva la Carta!» «¡abajo los ministros!» á estos gritos se añade el de «¡abajo los Borbones!» Ya se sabía lo que el pueblo quería derribar, pero aún se ignoraba lo que se proponía instituir.

Un grupo de paisanos resuelve substituir con otra la bandera blanca enarbolada en el Hotel de Ville; se cotizan, compran tela y hacen confeccionar el nuevo emblema en una tienda de la plaza. Se trata de enarbolarlo: las puertas de la Casa Consistorial están cerradas, se las derriba, y mientras unos cuantos insurrectos reemplazan la bandera blanca con otra cubierta de un ancho crespón, otros suben á la torre del reloj y tocan á rebato. Pero el resultado no satisface del todo á la muchedumbre; la bandera sólo se ve desde la plaza; la campana del reloj no se oye más que dentro de un pequeño radio. Confecciónase en el acto otra bandera, que sus partidarios llevan á la Catedral, y en tanto que unos la plantan en lo alto de una de las torres, otros tocan á somatén con el *Bordón*, la famosa campana de 13.000 kilogramos. Esta señal de alarma pone en movimiento á los habitantes del centro de París; las miradas se dirigen hacia las torres de la iglesia metropolitana; la bandera que allí flota no es la bandera blanca; un grito de alegría se escapa de millares de pechos; antiguos soldados se descubren y se inclinan; muchas mujeres vierten lágrimas. El estandarte que allí ondea y que puede verse desde los puntos elevados ó descubiertos de la ciudad, como desde las alturas de Saint-Cloud, es la bandera que Francia siguió durante veinticinco años, el símbolo de la Francia nueva, que el extranjero abatió en días desastrosos, la bandera tricolor!

Polignac fué temprano á Saint-Cloud, sin haber avisado á ninguno de sus colegas, y mientras ponía á la firma de Carlos X la real orden declarando París en estado de sitio, el duque de Ragusa expedía á las tropas acuarteladas en Saint-Denis, Rueil y Versailles la orden de concentrarse inmediatamente en la capital, tomaba sus primeras disposiciones y se enteraba de los partes de varios oficiales que había enviado á los diversos barrios de la ciudad. Estos partes eran cada minuto más

alarmantes: no sólo la resistencia se organizaba en grandes proporciones, sino que los paisanos armados tomaban la iniciativa del ataque en las principales plazas y en muchas calles. Un pelotón de infantería de la guardia real, vanguardia de un batallón enviado al Hôtel de Ville, hubiera sido completamente desarmado ó destruido por los insurrectos, si el batallón, acudiendo al tiroteo, no hubiese salvado á su vanguardia dejando sobre el terreno varios muertos y heridos. Marmont escribió al rey una primera carta que fué extraviada por los dos gendarmes encargados de llevarla; una segunda

esperar el resultado de las negociaciones que se entablarían. Pero, á cosa de las once, en vez de la respuesta conciliadora que solicitaba, recibió del rey una orden formal de represión por las armas. Polignac entregó al mariscal la real orden declarando París en estado de sitio. Esto cambiaba la posición del duque de Ragusa; ya no tenía necesidad de pedir órdenes; toda la autoridad y todo el poder militar, en París, se hallaban concentrados en sus manos. ¿Podía esperar el triunfo de la voluntad del rey, la sumisión de los habitantes y el restablecimiento de la tranquilidad, de una actitud defen-



Combate en la calle de San Antonio, copia de un grabado de Charlet. (Biblioteca Nacional, París.)

carta, reproducción de la precedente, y que envió á Saint-Cloud por uno de sus ayudantes, estaba así concebida:

«Miércoles, á las nueve de la mañana.

»Tuve ya el honor de informar á Vuestra Majestad de la dispersión de los grupos que turbaron la tranquilidad de París. Esta mañana vuelven á formarse más numerosos y más amenazadores. No es ya un motín, sino UNA REVOLUCIÓN. Urge que Vuestra Majestad tome medidas de pacificación. El honor de la corona *aún puede salvarse; mañana quizá sería demasiado tarde*. Tomo para el día de hoy las mismas medidas que ayer; las tropas estarán prontas á las doce; pero aguardo con impaciencia las órdenes de Vuestra Majestad.»

El deseo, la esperanza de una pacificación, expresados por Marmont en esta notable carta, le hicieron adoptar un primer plan que era puramente defensivo. Resolvió concentrar la mayor parte de sus fuerzas en el Louvre, en las Tullerías y en los Campos Elíseos; guardar con el resto el Palais Royal, el Hotel de Ville, el Palacio de Justicia, el Panteón y la Escuela Militar, y

siva? Pensó que no. Cada uno de los partes que continuaba recibiendo le traía una mala noticia: en un barrio acababan de desarmar á los zapadores bomberos; en otro, á los fusileros sedentarios; la imprenta real estaba en manos del pueblo; los depósitos de víveres y de pólvora se hallaban amenazados; las barricadas se multiplicaban. Marmont resolvió detener á la insurrección atacándola en seguida y ocupando militarmente la ciudad; según sus cálculos, los descontentos que habían podido tomar las armas serían de 15 á 20.000; los soldados de que él disponía eran en menor número, pero esta desventaja se hallaba compensada por la superioridad que había de dar á valerosos soldados la fuerza de su organización y de la disciplina. La línea de operación adoptada por el mariscal formaba un arco de círculo descrito por los bulevares desde la Magdalena hasta la plaza de la Bastilla y teniendo por cuerda la calle de Saint-Honoré hasta el mercado de los Inocentes, los malecones de la orilla derecha del Sena desde la plaza del Châtelet hasta el Hotel de Ville, y la calle de San Antonio. Cuatro columnas fueron encargadas de atacar á la insurrección, pero con la orden de no emplear de